

vida de Filippo se ha salvado y su libertad se ha perdido. El Sultan de Túnez, que lo sacó de las aguas, donde, según decís, le habíais vos mismo arrojado, le guardará ahora entre sus siervos en duro cautiverio.

—¿Se ha salvado? De suerte que toda mi concentrada rabia ha ido á perderse en la buena estrella de este mozo. No, no continuará burlando de esa suerte mis designios. Iré al fondo de la morisma para comprarlo, aunque sea á precio de toda mi hacienda, y tenerlo á merced de mi venganza.

—En esos intentos encontrareis siempre un obstáculo, replicó Serafin, mi pecho que escudará al artista.

—De buen papel se ha encargado este, dijo para sí Gasparo, de tercero entre un frailecillo ligero y una semi-monja que, para serlo todo á medias, está también medio loca.

—Y con mi cruz en esta mano y con mi báculo en la otra, le buscaré y le encontraré y le salvaré. Corrompido por las ligeras costumbres de Florencia, necesita una larga enmienda para rehacer su voluntad y purificar su alma y servir á sus semejantes: lleno de artísticas inspiraciones, necesita una vida entera para realizarlas, engrandecer su propio nombre y glorificar el nombre de Dios.

—¿Quién sois vos que así os interponeis en mi camino? Exclamó Guido, inyectados los ojos en sangre, espumosa la boca, trémulos todos sus nervios. ¿Quién sois que intentais arrancarme violentamente mi presa? Yo os conozco y podría perderos. Yo sé que vuestra religion se opone á la religion de nuestros padres. La autoridad del Papa no alcanza á vuestra conciencia; la redencion de Cristo no satisface á vuestro deseo. El Testamento revelado por Dios Padre á los judíos y el Evangelio ungido por la sangre del Dios Hijo no son para vuestro sentir mas que dos partes primeras de la revelacion eterna, cuya última palabra pronunciará el Espíritu Santo. Conozco, conozco esa secta, y sé que sois uno de sus maestros y de sus pontífices. Y puedo perderos. Y puedo denunciaros á la Inquisicion y veros arder, rechinando los dientes y haciendo los gestos de un condenado en las hogueras.

—Haced lo que queráis; pero convenid en que solamente el cautiverio ó la muerte pueden impedirme la consumacion de obra aconsejada por mi conciencia y exigida por mi corazon.

—Guido, ¿y queréis con ese natural tan cruel ganaros mi afecto?

Exclamó Lucrecia.

—Lucrecia, ¿y queréis que con ese amor vuestro á un rival tan indigno, tenga yo, herido en cuerpo y alma, la pasta de los ángles?

—Me amais mucho y no me conocéis nada. La pasion que Filippo haya podido inspirarme, no ha obrado en mi ánimo á resolverme á la meditada resolucion que tomé en la iglesia de San Juan y que tanto ha amargado vuestra vida. Entonces ni siquiera le conocia. El corazon, que se resiste

á unirse al vuestro, me separa de vos; la conciencia, que se resiste á seguir á un religioso, me separa de Lippi. No puedo ser vuestra, porque no os amo; no puedo ser de Lippi, porque no podría llamarle esposo ante Dios y los hombres. Y contra esta verdad tan clara como independiente de vuestra voluntad, de la mia y de la de todos, se subleva vuestro ánimo y se empeña en luchar vuestro deseo. Luchad en buen hora; pero sabed que jamás conseguireis un amor al cual se niega mi corazon abierta y resueltamente.

—¡Oh! Si supiérais que Filippo habia muerto, cambiaran de seguro vuestras resoluciones.

—No, se arraigaran más fuertemente. Dejaos de porfiar por lo que ni tiene ahora ni podrá tener jamás remedio.

—No hay cura posible á mi dolor; pero hay satisfaccion posible á mi venganza.

—Corazon tan vengativo no será, no, un corazon amante.

—Vuestros desdenes lo han lacerado, y por sus lacerias ha ido infiltrándose poco á poco el veneno de la ira y el deseo de la venganza.

—Satisface la en buen hora; pero solo conseguireis con ella añadir un nuevo remordimiento á la conciencia, un dolor nuevo al corazon.

—Luchad en buen hora, añadió Serafin, por perderlo; yo lucharé por salvarlo: y ya veremos con quién está Dios, si con vuestro odio, ó con nuestro amor.

—Recojo el reto que lanzáis con arrogancia y lo sostendré con empeño. La demanda está trabada. Veremos quién vence. Temblad, padre, temblad.

—Dios me dará fuerzas; su Santo Espíritu luz.

—Y yo, si es preciso, concitaré contra vos y vuestros dioses las potestades todas del infierno.

—Dios, dijo Lucrecia, Dios, que brillas en esos luceros, y que te exhalas en estas dulces brisas, acorre al bueno en su obra y quita del corazon y de la conciencia de los malos ideas perversas y siniestros sentimientos.

Guido inclinó la cabeza con reverencia y se marchó con despecho. Serafin acompañó á Lucrecia hasta el hospital, donde debia depositarla, y despues de haberse despedido tiernamente de ella, buscó la embarcacion que iba á conducirlo á predicar la religion entre los moros y redimir á los cautivos cristianos, y especialmente al artista Fra Filippo Lippi.

Bien lo necesitaba. Transportado á las playas africanas, habianle convertido en siervo sus propios salvadores. La misericordia usada con su persona fué la necesaria para devolverle la vida y emplear en él despues mayor dureza. El traje de la esclavitud le envolvía como el sudario al cadáver. Encerráronlo en abovedado calabozo, á través de cuya reja apenas penetraba la luz del día. Una piedra era su almohada; un monton de paja su lecho. En los rincones veíase fresca alcarraza llena de agua que renovaban

todos los días por un agujero abierto en la bóveda, y viejo candil cuyo aceite y cuyas torcidas no bastaban á esclarecer la estancia. Debía estar en triste subterráneo, según la humedad, y cerca de un jardín; porque algunas veces oía ¡él tan amante de la naturaleza! con verdadera envidia el susurro de las fuentes, el coro de los pájaros, el choque de las palmas movidas por las brisas. Mal cuadraba á su inquietud, á su agilidad, á su afán continuo de emociones, aquel sepulcro. En tales tinieblas creía quedarse ciego después de haber sentido con tanta viveza y amado con tanto culto la luz y los colores. Por un momento, si no se disiparon, se distrajeran sus penas, al ver con su vista de pintor el suelo de África: las encendidas arenas, las reverberaciones del sol, la color celeste del mar confundiendo con la color encendida del desierto, las casas cuadradas en forma de algibe, los minaretes sembrados de lucentes porcelanas donde el muezin anuncia la oración, los grupos de palmeras destacándose en los espléndidos horizontes sobre bosquecillos de granados y limoneros entre los cuales resaltan los atezados africanos envueltos, á guisa de profetas, en sus alquiceles y cubiertos con sus turbantes. Pero este paisaje, bastante á deslumbrar un pintor, sobre todo un pintor de las condiciones de Filippo, desapareció bien pronto á sus ojos como un mentido sueño. Y no le quedó mas que el calabozo, las duras piedras, las espesas tinieblas, el monton de paja, la nota errante que del vecino campo alguna vez traía á sus orejas el aire transformado en una especie de luz de los oídos. Tal era la tristísima situación de Lippi, acostumbrado en su Florencia á una libertad que tocaba los lindes del desenfreno. De consiguiente, pasaba sus días en amarguísimas querellas, único desahogo en su dolor.

—«Quién me diera tornar á las orillas del Arno, decía, y ver las tranquilas aguas deslizándose entre colinas, á cuyos piés se extienden los olivares y los viñedos, sobre cuyas cimas campean los monasterios y los palacios sombreados por las oscuras pirámides de los cipreses y las claras copas de los terebintos y de los pinos. Parece que veo al Este San Miniato, tan adusto como un castillo y tan hermoso como una iglesia; y al Norte Fiessole, con su corona de Monasterios y su cintura de quintas. Quién me diera descubrir ahora la torre filigranada del Giotto; la cúpula sublime de Brunelleschi; las puertas doradas de Ghiberti, en cuyas hojas brillan las figuras armoniosas de Grecia; los claustros serenos de San Márcos, donde la mano milagrosa de Fra Angélico hizo bajar en sus frescos y en sus cuadros el cielo entero á la tierra. Bajo esta bóveda oscura parece que veo la atmósfera luminosa de Toscana cayendo como una gasa de oro sobre las ruinas circuidas de florido verdor. Al través de los laureles y de los mirtos; entre los álamos abrazados por los sarmientos de las parras y ceñidos con las guirnaldas de los pámpanos; al borde del torrente coronado de adelfas; mientras los filósofos y los oradores contendían en elocuentes certámenes

sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; nosotros desbastábamos los mármoles, ceñíamos de hojas resaltadas las joyas, animábamos las tablas al son de las cítaras y de los coros que elevaban á lo infinito en sus conciertos y en sus armonías, por medio de voces angélicas, las ideas y las inspiraciones del arte. Cuántas veces, al brillo de las estrellas y al rumor de las aguas, en la noche callada, he seguido á las florentinas, pareciéndome como ninfas paganas despertadas y avivadas en los senos del campo para traerme la esencia misteriosa de la Naturaleza en la miel y en el aroma de sus lábios.»

«Sobre todo, ¿dónde, dónde está el sitio en que ví por vez primera á Lucrecia? Yo era jóven y ella jóven; yo libre y ella libre tambien. Pudimos vernos, acercarnos, oírnos, y confundir nuestras vidas, que se buscaban cual dos arroyos corrientes por un mismo declive, para no separarnos ni en la eternidad. Las preocupaciones sociales nos ocultan el poder mismo del amor que todo lo iguala, que lo allana todo, y cuya fuerza desconocemos, á pesar de llevarla en la íntima profundidad de nuestro espíritu. Yo creí que niña tan principal no podría amar al hijo adoptado por la misericordia de un convento. No sabía que bastaba para establecer la felicidad doméstica inspirar un amor idéntico al vehemente amor nacido en mi pecho. Envolvime en misterios, creyendo vencer con lo sobrenatural ó sus apariencias, cuando con medios tan fáciles y sencillos me brindaba la ingénua Naturaleza. Desconocía que las supersticiones sociales pueden falsificarlo todo, hasta la libertad, pero no llegan á falsificar lo mas espontáneo y lo mas natural que hay en nosotros, no llegan á falsificar el amor. Lucrecia me hubiera querido á mí como yo le hubiera idolatrado á ella con solo vernos y hablarnos. El amor no necesita mas riqueza que la inagotable de sus sentimientos. Querremos encenagarlo en la realidad y volará con su propio impulso y en raudo vuelo á las cimas etéreas de lo ideal. Todos nacemos maestros de este divino arte. En uno solo de los arrebatos amorosos hay mas metafísica encerrada que en todas las disertaciones de los sabios. Hasta los dolores en el amor nos complacen; y preferimos una tormenta de celos al frio de la indiferencia. Hay algo mas vivido que el calor universal, mas necesario que el aire atmosférico, mas extenso que el espacio infinito, mas profundo que el abismo cerúleo, mas difundido que la luz divina, mas duradero que el tiempo perdurable, y es el amor. Yo no sentí que había vivido hasta no sentir que había amado. Al nacer ya aspiraba el planeta al amor: después que haya desaparecido, los resplandores que dejará, como el sol en su ocaso, habrán de ser los resplandores del amor. ¿Qué harán los ángeles en el cielo para que la eternidad no les hastie? Amar. Ir á apagar la sed del alma en la ambicion y no en el amor, es como ir á apagar la sed del cuerpo en el océano y no en la fuente. Después de haber recibido la inspiracion de la luz de tus ojos, que así como me encienden con nuevo ardor

y me coloran con nueva púrpura la sangre, me animan y me sostienen con grandes inspiraciones, fuérame á luchar, seguro de vencer, para llevarte luego una corona que á tí me uniera, como un yugo nupcial, por toda una eternidad. ¿Quién leerá ahora en mi pensamiento? ¿Quién sabrá lo que dice mi corazón cuando late? Nadie representará la belleza, la gracia, la virtud, la inocencia á mi lado como una Musa, ó como una Diosa que se dignara tomar forma y acompañar á los míseros mortales por los espinosos senderos de la tierra. ¡Oh Lucrecia! ¿por qué tan desgraciados que, amándonos desde la eternidad, nunca nos hemos comprendido? Si estuvieras aquí, este calabozo me parecería un cielo, el pan de la esclavitud un manjar regalado, la tosca paja el más mullido lecho, la misma servidumbre la mayor dulzura y el mayor encanto. Nuestro deseo es tan débil que no puede atravesar el espacio y coger en sus alas de fuego la esposa amada del alma para traerla hasta aquí á iluminar y embellecer mi triste soledad, convirtiéndolo en verdadero paraíso este tristísimo cautiverio.»

«No puedo espaciarme por el cielo que llevo en mi frente; no puedo espaciarme en los senos del arte. Aquí, entre estas tinieblas, solo viven las aves nocturnas. Yo, para producir, necesito, como el ruseñor, la primavera, el cielo azul donde abismar los ojos, el árbol florido bajo cuyas ramas piben las avecillas, el arroyo transparente que murmure, la vida en todos sus aspectos y bajo todas sus formas. Privado de este campo fecundo de las inspiraciones, ni abro las alas, ni aguzo la retina, ni invento cosa alguna. Otras artes más ideales, cuyos medios de expresión se encuentran en la palabra, logran producirse aquí en el cautiverio, quizás más dulcemente, como se produce el ave prisionera con el encanto prestado á sus gorjeos por la nostalgia de la libertad y la melancolía del destierro; pero mi arte solo se produce al contacto de la realidad, como el pedernal solo chispea al choque con el hierro. Nosotros necesitamos la imaginación que crea unida á la imaginación que reproduce. Nuestras obras pictóricas deben animarse en la vívida naturaleza. Y de aquí, de tan oscuro sitio, la naturaleza está ausente. Cae la noche como una sombra espesa en mis ojos y llega hasta oscurecer toda mi conciencia. Ideas matizadas de mil colores, sueños de oro, inspiraciones multiformes, imágenes rientes, que á mi fantasía veníais en tropel y que yo retrataba en las tablas, habeis desaparecido cual desaparecen las flores á los cierzos. Yo soy un cadáver, que para mayor desgracia, tiene conciencia de estar encerrado en su sepulcro.»

Filippo, despues de tales reflexiones, dejó caer la cabeza sobre el pecho, absorviéndose en la última idea de su triste soliloquio. Y así absorto oyó el eco melancólico de un guzla, que parecía tocar las cuerdas de su propio corazón, y el eco de una voz celestial que parecía salir del fondo de todas sus tristezas. Al dulce rasguear de la guzla y con acentos dignos del más acendrado amor, la voz, cuyo timbre suave y cuyo tono agudo delataban una jó-

ven cantora, expresó el amor con las imágenes y las comparaciones naturales en la poesía de los árabes. La luna llena que sale por el Oriente como un disco de plata cuando todavía los rayos del sol puesto enrojecen los límites del ocaso; la fuente que fluye bajo las palmas y los sicomoros en el oasis del desierto; la tímida gacela que corre al menor ruido y la centelleante espada cuyo acero brilla en la oscuridad como las estrellas en el firmamento; la gota de rocío depositada sobre el triste hisopo y la nota del ruseñor perdida en la oscura noche; las nubes y la lluvia sirviéronle para expresar el amor con tanta ingenuidad que cautivaba el alma. Pero la imaginación de Lippi tiraba hácia lo triste, y creía sueños, y solamente sueños, la guzla y la voz y la canción. ¡Ah! si el cautivo traspasara la pared con sus ojos, viera la realidad; viera un jardín orlado de mirtos y de arrayanes, donde los bosques oscuros de cipreses parecían destinados á dar realce á los claros bosques de limoneros y de granados; un jardín, por cuyos aires los surtidores se deshacían en líquidos brillantes á los rayos de la luna, y en cuyos suelos de pintadas guijas serpenteaban arroyuelos esmaltados por sus bordes con fosforescentes luciérnagas; un jardín cortado por albercas de mármol llenas de cristalina agua, que parecía espejo destinado á retratar los ajimezes con sus alicatados fantásticos y los miradores con sus doradas rejas y sus brillantes celosías. Y al borde de la mágica alberca viera sentada una jóven de rarísima hermosura, cuya tez morena y ovalada se perdía en los resplandores de negros lucientes ojos que brillaban con extraordinario brillo. Su vestido indicaba su prosapia. Los zaragüelles azules bombachos se ceñían al tobillo con pulseras de oro; el ancho fieltro rosa clara, cuyas mangas perdidas tocaban casi el suelo, se prendía á la flexible cintura con faja de tisú, sembrada toda de aljófares; en la erguida cabeza centelleaba estrecho gorri- llo de rica pedrería; sobre la espalda flotaba el velo de las vírgenes recamado con franjas de plata; y los piés se encerraban con tal esmero en sandalias de singular riqueza que parecía calzada por dos astros. Y esta jóven de tanta belleza aprovechaba la noche y la soledad para cantar desde este sitio donde el cautivo pudiera oír las tristes endechas de amor y de esperanza. ¿Qué nueva aventura deparará la suerte al aventurero artista?